

EL DESARROLLO ECONOMICO, EL CAMPO Y EL SACERDOTE (*)

POR

J. GIL MORENO DE MORA.

Desarrollo económico.

Nuestra nación ha entrado en la fase de desarrollo económico. Lo pregonan los diarios, los ministros, los filósofos y como contraposición se considera todo lo anterior como perteneciente al subdesarrollo. Huelga decir aquí toda la carga de materialismo que con este planteamiento se está aportando a la vida nacional. Todo se vuelve económico o antieconómico, financiero, crediticio; la máxima aspiración se concreta en la expresión «nivel de vida»; los periódicos e informes oficiales tienen su mayor orgullo en mostrar un baile de millones que han de contarse por miles, y el *homo cualquier* de la calle poco a poco va empapándose de la mentalidad en la cual el valor máximo es el dinero, símbolo no sólo del poder, sino ya del «poder hacer»: nada puede hacerse sin él, todo es posible con él, y así el dinero alcanza su máxima sobrevaloración histórica porque se ha identificado con el concepto mismo de libertad: quien tiene dinero es libre; quien no, esclavo.

Economía de consumo.

Nuestra nación por este camino ha aceptado la economía de consumo pese a ser un concepto suicida fatalmente abocado a la guerra como único medio final de reavivar el consumo, cuyos límites naturales pronto se alcanzan; ha aceptado con ello una de las características de ese género de economía que es la de una vida «al día», en la que únicamente preocupan las previsiones económicas, pero ningunas otras previsiones morales, culturales o políticas. Se dan con ello inmensos saltos en el vacío sin tratar siquiera de conocer las posibles

(*) Conferencia pronunciada en la «Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret» de Barcelona, que ha tenido la atención de remitirnos el texto que publicamos.

consecuencias; son gestos necesarios porque hay apremiante necesidad de no quedar inmóviles y se llega al «movimiento por el movimiento» con la irreflexión mayor. Hay que moverse y hacer cualquier cosa para no tener certeza de estar muertos; así se explican tantas desdichadas decisiones precipitadas, absurdas y peligrosas que se toman a diario en todos los ámbitos; se llega al cambio por el cambio, porque cambiar es señal de movimiento, ergo de vida.

¿Alienación?

Y con esta obsesión de moverse por moverse, todo cuanto sea estable, o de movimiento lento es considerado como adverso enemigo y condenable. El término marxista «alienación» se convierte en el calificativo temido en sus versiones varias: inmovilismo, conservadurismo, reaccionarismo, tradicionalismo, etc., con los que se vilipendia no sólo a aquello que se oponga al movimiento irracional puesto en moda, sino también a todo aquello que no pueda ponerse al ritmo de revolución desenfrenada y permanente. Y lo más grave es que en esta pérdida colectiva de la sensatez, en la destrucción del concepto tradicional de prudencia por el cual se substituye la más brutal revolución al proceso natural de evolución forzosamente lento, lo más grave es que el estamento nacional de los sabios, los intelectuales, los hombres que debieran ser de pensamiento, ha entrado de lleno en el juego y de éstos los que mayor gravedad aportan al proceso son, sin duda, los clérigos cuya precipitación al materialismo del movimiento por el movimiento hace temblar todos los pilares de lo inmutable, lo constante, lo absoluto, por cuya causa estos pastores de la intimidad individual del alma la llevan a la moral de situación, a todos los relativismos, a la subversión y más aun descomposición de toda la escala de valores, a desconfiar de toda Verdad con mayúscula, a una prostitución gradual y completa de las ideas y de las convicciones, a todos los más absurdos sincretismos que culminan finalmente con la pérdida total de la Fe y sus inevitables consecuencias de pérdida de la Esperanza, y concretamente de la Caridad, anulada por ciertos conceptos de Justicia Social reservados a los Estados y a los Gobiernos, por lo que eximen a los particulares de toda preocupación.

El mundo rural.

Pues bien, en este panorama brutal, pero real, con intensidad creciente por sobrada desgracia, existe un sector tan vinculado a la naturaleza que no ha podido ser gobernado, dirigido y arbitrado según

tales criterios de economía de consumo; es el sector donde han fracasado estrepitosamente la URSS y el Mercado Común, sector rebelde que hace fracasar todos los Planes de Desarrollo, sector donde el más izquierdista es tradicionalista porque no tiene más remedio; sector inelástico, estable, forzado a tener más en cuenta que los demás las leyes naturales porque en él la violación de éstas tiene inmediata repercusión; sector donde los relativismos cambian de aspecto y donde muchas escalas de valores conservan su vigencia y su fuerza: es el sector rural, mal llamado agrario, porque para menguarlo se ha querido divorciar en él al campesino del médico y del carpintero, pero que en la realidad es la totalidad de personas que viven en el ambiente de los pueblos y las aldeas de dimensiones pequeñas que escapan, por ello, a la total masificación impuesta y realizada en las grandes aglomeraciones de poblaciones. Este sector rural que abarca toda clase de personas y de profesiones, desde el intelectual al peón, pasando por el sacerdote y el maestro o los mecánicos y los tenderos, tiene, por las condiciones que le rodean, una profunda tendencia hacia tradicionalismos, ofrece resistencia a los cambios bruscos, conserva la personalidad de sus miembros, sostiene una cierta autonomía, posee todavía verdaderas familias y comunidades estructuradas en el tipo de familias. Por su diario contacto con fuerzas superiores a las humanas no alcanza el nivel de engrheimiento general y reconoce la existencia de verdades ajenas e independientes de su voluntad. Y con todo esto presenta a la sociedad de masas y de consumo un problema insoluble, lo cual es tanto como decir que fuerza a los poderes constituidos que no se avienen a admitir obstáculos de este género, a condenarlo a muerte. Nadie es consciente todavía de la frialdad y absoluta determinación con la que se ha condenado a muerte irrevocablemente a la ruralidad del mundo entero; nadie es consciente de la necesidad imperiosa que ha tenido la moderna organización mundial de decretar esta condena; nadie, por forzosa precaución de forma y de léxico obligada en los que como el célebre Mansholdt han acometido la tarea de ejecutar la condenación; nadie ha visto todavía con claridad la implacable fuerza que se pone en juego para esta ejecución capital.

El campo se muere ...

Y sin embargo, es palpable que el campo se muere; cada día se tienen datos y precisiones sobre el caso, es proclamada casi con satisfacción la desigualdad con la que es tratado el hombre rural frente al urbano; se nos ha dicho con toda claridad que nuestros pueblos

han de ser arrasados, que todos sus habitantes han de ser concentrados en grandes núcleos, y uno de los que personalmente me comunicaba la decisión del Ministerio de la Gobernación a este respecto añadía: «Pero se hará de modo que no parezca un Program». El proceso de aniquilamiento de la ruralidad está en marcha con toda la aceleración posible. Una primera fase de despoblación del campo lograda por medio de un empobrecimiento organizado de sus economías ha finalizado; ahora comienza una segunda fase en la cual, con buenas palabras y leyes disfrazadas de humanidad y de razones económicas, se va a producir una segunda emigración obligatoriamente decretada y más duramente ejecutada mediante concentraciones de municipios, de escuelas y de servicios en los lugares donde ha sido decretada, empleando una retirada de subvenciones y ayudas a los pueblos y aldeas condenados, probablemente cortando en próximas etapas medios como el teléfono y la electricidad, todo lo cual será la preparación de una tercera etapa en la que se llegará al desahucio forzoso por la simple razón del plan estatal, empleando en esa fase final las más rudas medidas de fuerza hacia los recalcitrantes que serán tachados de inadaptados enemigos del progreso y, por ende, de la Patria. Hemos de prever que el campesino que se niegue a emigrar se vea públicamente reducido a la condición de criminal.

Silencio eclesiástico.

En este panorama de premeditada y sistemática destrucción de todas las estructuras rurales sorprende constatar el profundo silencio de la Iglesia; apenas de vez en cuando una tímida alusión del Pontífice recuerda doctrinas de Pío XII sin concretarlas en el mundo actual, en el que una tecnocracia ideológicamente dirigida presenta una brillante aunque sofística argumentación. Nadie entre el clero se ha inclinado a examinar los torrentes de arbitrariedad y las montañas de falsedades acumuladas en esas deslumbradoras planificaciones. Nadie en la Jerarquía denuncia la violación de todos los principios de doctrina social católica efectuada contra la ruralidad. Y, es más, si alguna vez se menciona al campesinado en los púlpitos es para abundar en una demagogia contra la propiedad privada, contra las llamadas «rutinas», o a favor exclusivo del peón agrícola, sin la menor piedad para los demás miembros del sector. Más todavía, abundantes párrocos desprecian públicamente el ministerio de las aldeas hablando de los millares de irredentos de las barriadas industriales, y muchos desertan seis días de cada siete de la parroquia en la que han simplificado su trabajo a un mínimo reducido a la misa domini-

cal, a confesiones colectivas como los bautismos y las primeras comuniones, previéndose ya el funeral mensual por los difuntos. Las antiguas misiones de los pueblos, las campañas de ejercicios espirituales, los círculos de estudio, las congregaciones y muchas cosas más que no cito por no alargar, han pasado a la historia y escasean como gemas raras. El clero español, contagiado por las ideas de una civilización de consumo y desarrollo, deserta y abandona el ministerio rural tangiblemente por las barriadas obreras de las grandes urbes, por las concentraciones universitarias, por los colegios inmensos. El episcopado español ha dejado implantar una ley de educación que destruye la totalidad de los colegios religiosos rurales por situarlos fuera de la ley. Las autoridades eclesiásticas han permitido el saqueo de los altares y de las imágenes de las pequeñas comunidades rurales que los propios párrocos han ejecutado para destinar los fondos obtenidos a otros fines fuera de estas comunidades. Las recaudaciones para los seminarios se emplean en financiar los estudios de jóvenes que siguen dos carreras, una de ellas civil, que en la mayoría de los casos es la única superviviente. Terrenos donados o adquiridos por las parroquias anteriormente se parcelan para urbanizaciones de cara a los veraneantes, y centros parroquiales se alquilan o venden para negocios o espectáculos totalmente ajenos cuando no opuestos a toda misión espiritual. El cochecito de los curas no sirve para llevar el Viático a los caseríos sino para que su poseedor pase más horas fuera de su grey. Y la ruralidad incomprendida, perseguida por el Estado y oprimida por los ciudadanos, ve con impotencia que hasta sus propios pastores la desprecian y abandonan. Un retorno rápido y virulento al paganismo más amargo es la única respuesta previsible en ese sector que llega al límite de su capacidad para sufrir, retorno a un paganismo preñado de rencor que tomará las propias palabras de ese clero nuevo, joven, intelectualizado, y sin sentimiento, para decidir que toda la religión no es sino superstición y superchería. De todo esto, los que vivimos permanentemente en el campo podemos dar testimonio.

Y se extinguen las vocaciones.

Mas he aquí que todo esto es el suicidio eclesiástico más perfecto. Las vocaciones son, en los niños, débiles llamitas que sólo ambientes de paz y sin tormentas pueden hacer llegar a fuegos abrasadores. Inútil será pretender ricas vocaciones en lugares de promiscuidad playera, de prostitución de suburbio, de espectáculos desmoralizados, de materialismos exacerbados, de pasiones exaltadas, de drogas, alcoholismo y sexos al alcance del menor de edad. Inútil será bus-

carlas en las barriadas políticamente exasperadas, ni en los lujosos barrios residenciales bien dotados de todos los vicios. Las vocaciones de nuestra España y del mundo han sido y serán siempre mayoritariamente de origen campesino, cosa bien sabida por aquellos que han tenido la específica misión de buscarlas y promoverlas. Es paradójico que en un momento en el que es ostensible el paralelo entre la destrucción de la ruralidad y la disminución brutal de vocaciones en España, el Episcopado español reunido en pleno no haya tenido ni una sola mención para este paralelismo, ni una sola palabra en favor de la auténtica ruralidad a defender. Y me pregunto ¿qué clase de ceguera ha permitido Dios para castigo de nuestra Iglesia, en nuestro clero, que así camina por la vía más rápida a su total extinción? ¿Qué inhibición de sus responsabilidades hay en esa masa de sacerdotes que consciente o inconscientemente coopera a la esterilización de su mejor semillero?, sin contar con la falta de conciencia existente hacia el auténtico genocidio que toda esta política representa, genocidio del sector más sano de la sociedad, del que le ha dado a través de la historia la sangre fresca y nueva para evitar su prematuro envejecimiento; del sector que alimenta a todos los demás y cuya desaparición a más o menos corto plazo, tendrá el terrible seudónimo del Hambre, porque la nación sin él caerá al más mínimo obstáculo internacional en la mayor escasez de alimentos por desautoabastecimiento.

Materialismo tecnócrata.

En todo esto la tecnología ha jugado gran papel; el tecnócrata que sólo valora lo ponderable, lo traducible en cifras, lo computable, ha llegado a meter en la cabeza de muchos sacerdotes una borrachera de los números, un delirio de los millones. Han perdido de vista que lo humano es precisamente no computable, no traducible a cifras. Han olvidado que es mucho más fácil encontrar cien vocaciones fervientes en una comunidad de tres mil almas bien cristianizadas que en trescientas mil almas bajo el impacto hedonista y materialista de las ciudades, y cuando les era mucho más factible cristianizar a fondo las tres mil almas de un pequeño núcleo rural, han preferido intentar la loca aventura de convertir a trescientas mil almas urbanas perfectamente escépticas y de vuelta de todo. Y siento tener que decir a ustedes, sacerdotes, que ante esta tentación, ante esta trampa mortal, apenas hay alguno de entre vosotros que haya percibido el centro del problema. Preocupados por otros mil problemas de orden tecnológico, dogmático, litúrgico, etc., donde ciertamente arrecian los ataques, no han visto ustedes que sin gran ruido se les arrasaba el único

semillero fértil donde podía la Iglesia subsistir. Ninguno de ustedes se ha preocupado de nosotros los campesinos. Muchos de los mejores de ustedes, empujados por el natural cansancio de la edad, se han procurado parroquias urbanas, han intentado y logrado ir a la ciudad donde les parece que es más intenso el combate, y sin que esto deje de ser cierto en algún modo, no han visto que mientras ustedes se metían en unos ambientes mayoritariamente dominados por el enemigo, aquellos lugares rurales donde podían tener más fácilmente mayoría han sido invadidos por un clero joven y revolucionario, ignorante del magisterio, pero perfectamente dotado de consignas que han arruinado nuestras iglesias, que han substituido los círculos de estudio por conferencias de iniciación sexual y política, obsesivas, que ha suspendido nuestras procesiones, que ha puesto en duda la Virginitad de Nuestra Madre y su Grandeza, que ha abierto «boîtes» en las casas rectorales, que ha transformado el catecismo en burla, que han acostumbrado a no reverenciar el Cuerpo del Señor, que han dado malos ejemplos, que han abandonado la sotana vilipendiándola, que se han reído de Dios y del diablo; en una palabra, que no han dejado de hacer cosa alguna para descristianizar lo mejor del pueblo.

A todos los sacerdotes de España toca parte de esta responsabilidad, porque pocos, poquísimos, se han dado cuenta de que lo que se está haciendo con la ruralidad es mil veces mayor injusticia que lo que se ha hecho con los obreros industriales.

¿Habrá esperanza?

Dudo de que sea aún tiempo de remediar esta situación; humanamente ya no se puede hacer nada porque el clero español ha dejado llegar demasiado lejos la destrucción de la ruralidad, que encierra la destrucción de las vocaciones. Pero en los combates espirituales no se puede jamás partir de la base de que es demasiado tarde. ¿Quién sabe lo que podría ocurrir si un núcleo del clero comenzase en serio un estudio sobre estos problemas que yo, como simple rural, he planteado? ¿Quién sabe si una reunión de obispos españoles no contendría todavía suficiente número de personas sensatas para poder apreciar un estudio elevado por un grupo de sacerdotes seriamente documentados? ¿Quién sabe lo que, una campaña de divulgación valiente que denunciase sin temor los errores sociales imperantes respecto al campo dentro de las personas que componen el estado español, podría lograr de sensata reflexión y acaso de marcha atrás? Precisamente porque en lo humano está lo imponderable, lo intraducible en cifras, eso que se llama sentimiento y afectos, precisamente por eso existe

una esperanza, porque lo imprevisible puede suceder, porque todas las técnicas unidas pueden fracasar ante los corazones de los hombres. Y además existe una poderosa razón para pensar que puede surgir un tremendo aliado que el cualquier momento puede volver la tortilla. Me refiero a que una gran parte de lo que he dicho es simplemente Ley Natural. Ley natural es la que exige la existencia de campesinos en una sociedad sana; ley natural es la que da a este sector una paz, un realismo y una serenidad perdidos en los demás; ley natural es la que produce entre los rurales mayor abundancia de vocaciones y acaso de santos. Y la Ley Natural es un poderoso aliado porque sus postulados no requieren altas filosofías sino que pueden abrirse paso en la mente del hombre por el sencillo canal del sentido común asequible al más analfabeto, y porque la Ley Natural no necesita que nadie sancione las violaciones que se le inflingen, ya que inmediatamente da su castigo ella misma; porque la Ley Natural no la ha inventado ningún hombre sino el mismo Dios, y es la forma casera de la Ley Divina. Ley Natural que es la ley en la cual la Iglesia ha fundamentado toda su doctrina social y que desde Aristóteles han conocido los pueblos de la tierra sin Revelación.

Reivindiquen los sacerdotes de Dios la paternidad de Dios hacia el cúmulo de leyes naturales con que rige al mundo y vean lo que les va en ello cuando toquen al tema de la más natural de las actividades humanas que es la del campesino; inclínense sobre el problema del campo como sobre uno de los más dolorosamente candentes del momento actual, y de mayor trascendencia para el futuro de la Iglesia; esta es la súplica desesperada que yo, simple rural, padre de seis hijos varones cuyas posibles vocaciones no sé como enfocar, les dirijo hoy con profunda angustia verdaderamente vital.